

La Selva Lacandona: una joya verde en riesgo de desaparecer*

JORGE MEAVE

Quizá pocas regiones de México provocan en las personas sentimientos tan variados e intensos como la Selva Lacandona. Tiempo atrás, se asociaban a esta región imágenes de aventura, misterio y fascinación, aunque también sensaciones de temor por sus lugares y pueblos desconocidos. Recientemente, cuando se menciona la Selva Lacandona se provoca abatimiento, pues se trae a la mente la rápida transformación de la naturaleza y la desaparición de las masas forestales en esa zona, así como un evidente deterioro de la calidad de vida de sus pobladores. ¿Por qué ocupa esta región tropical un lugar tan importante en el pensamiento de tantas personas, no sólo de sus habitantes, sino también de quienes han pasado por allí o, incluso, de quienes nunca han puesto un pie en su territorio?

Localizada en la porción oriental del estado de Chiapas, la Selva Lacandona —Lacandoña o Lacandonia, nombres con los que también se conoce a esta región— era sin duda, hasta hace poco, uno de los mejores ejemplos de la pequeña área del inmenso mundo tropical húmedo compartido por México con América Central y del Sur. En realidad, la Lacandona es la parte mexicana de una región selvática más extensa que incluye gran parte del Petén guatemalteco. De hecho, precisamente la frontera con la vecina república marca su límite por el oriente y por el sur; así, existen pocas diferencias biológicas y ambientales entre la vegetación del lado mexicano y su contraparte del lado guatemalteco. Por el contrario, hacia el norte y el oeste sus lindes son más naturales. Por el norte, cerca del límite moderno entre Chiapas y Tabasco, es decir, donde se inicia la planicie costera del Golfo de México,

antes de la grandísima transformación de la cubierta vegetal registrada en el sureste de nuestro país, las selvas húmedas cedían su lugar paulatinamente a vegetación del tipo de las sabanas, es decir, formaciones vegetales más abiertas y dominadas sobre todo por plantas herbáceas o, en áreas de drenaje deficiente, a vegetación propia de pantanos. En la faja occidental de la Lacandona se encuentran las elevaciones de la sierras del norte y este de Chiapas; allí la selva tropical desaparecía gradualmente, dando lugar a las comunidades bióticas propias de tierras altas de clima más fresco.

Si bien la Lacandona es una región hasta cierto punto pequeña si se la compara con las grandes cuencas hidrológicas de América del Norte, la captación de sus corrientes es considerable gracias a una elevada precipitación pluvial y que por ella corre el río más caudaloso de México: el Usumacinta. La presencia de serranías con dirección noroeste-sureste impiden el flujo directo del agua hacia el Golfo de México y, así, en la Lacandona el curso del líquido sigue un patrón curioso, al dibujar más o menos un gran círculo en sentido contrario al de las manecillas del reloj alrededor de la región (ver figura). Los ríos nacidos en las montañas del oeste, como el Tzaconejá, el Jataté y el Santo Domingo, o en la misma Selva Lacandona, como el Lacanjá y el San Pedro, corren todos hacia el sureste y descargan sus aguas en el Lacantún. Al formarse este último ocurre el primer cambio considerable en la dirección del flujo, ya que ahora se dirige hacia el noreste. El Lacantún recibe también afluentes importantes provenientes de territorio guatemalteco, entre los que destacan el Ixcán y el Chajul. Corriente abajo ese río se une con otros dos de gran tamaño, oriundos de Guatemala, el Chixoy y el de La Pasión, para formar el caudaloso Usumacinta. Aquí las aguas cambian otra vez de rumbo, desplazándose ahora hacia el noroeste, exactamente en sentido inverso al de los afluentes más pequeños. Este circuito hidrológico nos permite delimitar de manera aproximada la parte mexicana del Desierto del Lacandón —así se conocía en la época de la colo-

* Quiero agradecer a mis alumnos Claudia Gallardo y Eduardo Pérez por haber leído críticamente una versión preliminar de este ensayo. Algunas de las ideas que aquí se presentan surgieron de sus cabezas y no de la mía. Don Ubistano Rodríguez y don Manuel Pérez, ambos custodios de la Zona Arqueológica de Bonampak cuando yo trabajé ahí, pasaron horas relatándome las historias de sus vidas en la Selva Lacandona. Ellos me enseñaron mucho de lo que sé sobre esta región.

nia española a esta región selvática, tal como lo documenta el investigador Jan de Vos en su obra *La paz de Dios y del Rey. La conquista de la Selva Lacandona por los españoles, 1525-1821*. La extensión total de Lacandona es de alrededor de un millón cuatrocientas mil hectáreas, originalmente cubiertas de diversos tipos de bosques tropicales conocidos de modo genérico como bosque tropical lluvioso, el cual es reconocido como el ecosistema de la superficie de nuestro planeta más complejo y diverso. Estos bosques son poseedores de una impresionante biodiversidad, es decir, de una grandísima variedad de especies de seres vivos, de genes que codifican sus características, de interacciones y de conjuntos funcionales formados por ellas.

Para ilustrar la grandísima biodiversidad de la Lacandona basta citar el número de especies de plantas que habitan en ella. De acuerdo con una publicación reciente de investigadores de la Universidad Nacional Autónoma de México (Martínez, Ramos y Chiang, 1994), actualmente se sabe con certeza que residen ahí 3 400 especies diferentes de plantas vasculares —helechos, gimnospermas y todas las plantas que producen flores— y se estima que esa cantidad representa cerca del ochenta por ciento del total de especies vegetales probables en la región, calculado en más de cuatro mil trescientas. En otras palabras, la flora de la Lacandona está compuesta por mucho más especies que las propias de muchos países del mundo de tamaño igual al de esa región o mayor que él. Semejante riqueza de especies se debe en parte a la heterogeneidad de la cubierta vegetal nativa de la zona. En el mismo estudio arriba mencionado se registran doce tipos distintos de vegetación, desde las selvas más altas, pasando por otras de estaturas más pequeñas, hasta áreas de sabanas cubiertas por gramineas. El trabajo refiere, además, la presencia de pinares, palmares, tulares, en fin, un complejo mosaico en el que ocurren grandes variaciones a lo largo de distancias relativamente cortas.

A su vez, esta impresionante variabilidad de la vegetación resulta en gran medida de las heterogéneas características del ambiente físico de la región. Esto significa que las condiciones para la germinación, el establecimiento —etapa en la cual las plantitas recién germinadas comienzan a producir sus propios alimentos a través de la fotosíntesis—, el crecimiento y la reproducción favorecen a ciertas especies en algunos sitios y a otras especies en otros lugares. A causa de estas diferencias de requerimientos entre las especies de plantas, aunadas a las probabilidades que éstas tienen de estar en el sitio y el momento adecuados para su establecimiento, resulta prácticamente imposible encontrar dos lugares iguales en términos de las especies residentes en ellas.

Sin embargo, algunos rasgos de la vegetación más extendida, es decir, la propia de las tierras más bajas, nos permiten identificarla como un ejemplo típico de una selva tropical húmeda. Por ejemplo, en las selvas más altas —donde los árboles pueden llegar a crecer por encima de los cincuenta metros—, es común observar en la base de los troncos raíces aplanadas que proporcionan sostén a los enormes fustes, de

manera análoga a los contrafuertes que confieren estabilidad a las enormes torres y naves de las iglesias góticas. También llama la atención la abundancia y variedad de plantas trepadoras, cuyo follaje alcanza grandes alturas en el dosel superior mientras mantiene contacto con el suelo mediante troncos flexibles y retorcidos, conocidos como lianas. Otra forma de vida muy característica de esta formación vegetal es la de los árboles estranguladores o matapalos; éstos inician su vida como epífitas, es decir, arriba de otro árbol; poco a poco van creciendo hasta que su gran copa y sus numerosas raíces terminan por envolver el tronco del árbol que originalmente les dio soporte. Con el tiempo el árbol hospedero muere literalmente estrangulado y la única prueba de su existencia pasada es un hueco dentro del matapalo que finalmente ocupa su lugar en el bosque.

Cada especie de planta de la selva tiene una capacidad diferente de crecer hasta cierta altura. Por ello, en el interior de las selvas ciertas plantas viven en realidad en ambientes distintos creados por la sombra de otras plantas que las superan en talla. Para describir y estudiar esta división vertical del espacio se han delimitado de manera arbitraria estratos o pisos de vegetación, caracterizados por microambientes que se van tornando menos luminosos y más estables térmica e hídricamente conforme se desciende del dosel hacia el piso del bosque.

Entre las numerosas especies de árboles más altos de la selva destaca la ceiba, cuyos enormes ejemplares de troncos muy lisos llegan a medir entre cincuenta y sesenta metros de altura, hasta sobrepasar otros árboles grandes. Quizá las enormes dimensiones de estos árboles o la belleza de su arquitectura de crecimiento expliquen el significado religioso tan importante conferido a ellas por muchos indígenas mayas habitantes de regiones tropicales. De hecho, en múltiples sitios donde se establecieron nuevos asentamientos humanos, las ceibas persisten porque fueron respetadas durante la eliminación del bosque.

Tanto un paseante ocasional como alguien interesado en conocer con más profundidad la composición florística de la selva pueden sentir frustración al no poder ver las hojas de los árboles más altos. Sin embargo, muchas veces esto no es necesario para poder distinguir a las especies, pues muchas de ellas presentan peculiaridades de color, forma y textura de corteza, producen exudados de diversos tonos al practicarseles cortes con el machete o, incluso, despiden olores distintos que permiten reconocerlos con facilidad.

Sobre los troncos y las ramas de los árboles grandes y medianos se desarrollan muchas plantas epífitas que nunca tienen ningún contacto con el piso. Entre ellas, posiblemente las orquídeas son las más conocidas, incluso para personas que nunca han estado en la Lacandona o en otra región de selva tropical, pero que se interesan por su cultivo, en ocasiones destinado al comercio, debido a la belleza y variedad de formas y colores de sus flores. A pesar de su abundancia en las selvas de tierras bajas, la variedad de orquídeas y de otras

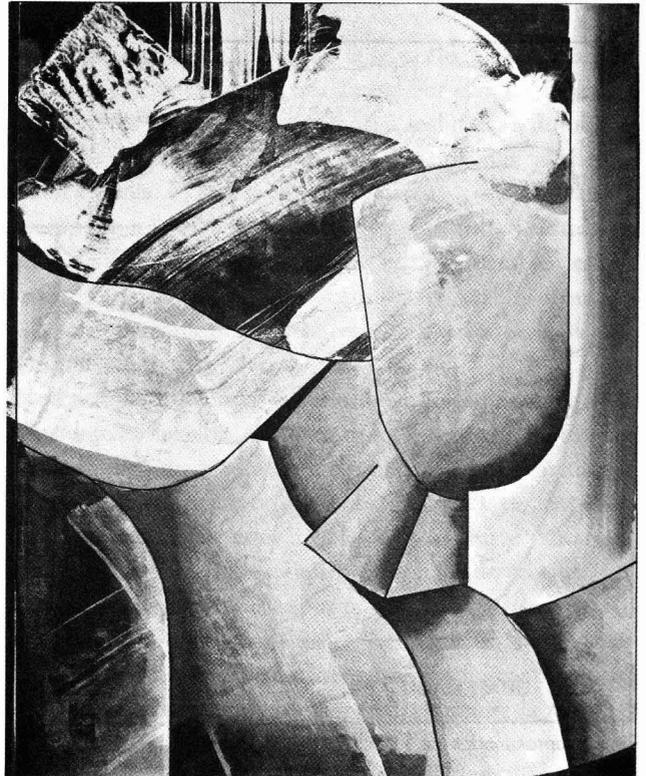
Para quienes hemos tenido la oportunidad de deambular por la selva, quizá pocas cosas igualen la emoción de descubrir que un pequeño montículo en apariencia natural y cubierto de árboles resulta ser un edificio con una escalinata que conduce a lo alto o que detrás de una pared de plantas trepadoras y de raíces de algún matapalo hay otro muro de rocas labradas y dispuestas regularmente unas sobre otras. Por supuesto, además de estas ruinas en espera de ser catalogadas e investigadas por los arqueólogos, también existen vestigios arqueológicos cuya fama rebasa las fronteras de nuestro país. Los bellísimos murales de Bonampak, por ejemplo, no obstante el gran deterioro sufrido por ellos durante un largo tiempo a causa de condiciones climáticas sumamente adversas para ese tipo de creación artística, siguen enmudeciendo de asombro a los pocos visitantes con determinación y recursos para efectuar una larga travesía y llegar hasta el lugar. La arquitectura de los edificios de Yaxchilán y el delicado detalle de sus numerosas estelas no se quedan atrás. En el mismo límite de la Selva Lacandona, los majestuosos templos de Palenque siguen vigilando el extremo norte de la selva, como lo han hecho desde hace siglos.

Durante gran parte de la época colonial y después de que los españoles lograron exterminar prácticamente a todos los habitantes nativos de la Selva Lacandona, esta región estuvo casi despoblada excepto por pequeños grupos mayas de origen incierto llamados "caribes" o "lacandones", nombre con el que se les conoce por lo común. En la actualidad la población de los lacandones se encuentra tan disminuida que ni siquiera llega al medio millar de habitantes. Según el investigador en ecología humana James D. Nations, la subsistencia de los lacandones, basada sobre todo en el sistema agrícola de roza-tumba-quema, así como en la caza y la recolección, tuvo durante siglos un impacto mínimo en las comunidades naturales del entorno.

La historia de la explotación intensa de la selva se inició cuando algunas personas, individualmente o asociadas en empresas comerciales, se percataron de las enormes ganancias potenciales de la extracción de productos forestales de gran valor, en particular de maderas preciosas. Esta historia ha sido descrita, sintetizada y analizada con gran detalle por investigadores conocedores de la región. Entre los mejores estudios al respecto se encuentra, por un lado, el libro titulado *Capital extranjero en la selva de Chiapas 1863-1982*, publicado por Cuauhtémoc González Pacheco en 1983, y la obra denominada *Oro verde. La conquista de la Selva Lacandona por los madereros tabasqueños*, escrita por el investigador Jan de Vos.

En la segunda mitad del siglo pasado los madereros empezaron a extraer troncos de caoba que, junto con el cedro, es una de las maderas tropicales más apreciadas y valiosas. A pesar del enorme volumen de esa especie extraído continuamente durante casi ochenta años, en la Lacandona todavía es posible encontrar muchos árboles de la misma, que alcanzan dos y tres metros de diámetro, y cerca de Bonampak aún se encuentra, tirado en el suelo el tronco de una caoba de casi

cuatro metros de diámetro. Este gigante fue derrumbado a golpes de hacha, pero el destino quiso que nunca abandonara la selva: los madereros lo abandonaron porque su centro estaba hueco y en parte podrido cuando lo derribaron. El gran tamaño de los contrafuertes de las caobas más grandes hacía necesario construir plataformas que permitieran a los cortadores alcanzar la parte más recta del fuste. La tala de la caoba se concentró ante todo alrededor de los ríos, ya que fueron precisamente éstos las rutas de transporte de la madera cortada. La hidrografía de la región, descrita más arriba, resultó muy conveniente para estos propósitos, ya que los troncos de caoba cortados en diversas áreas tenían una salida única por el río Usumacinta, pasaban por Tenosique y lle-



gaban por último a los puertos del Golfo de México. Los árboles derribados eran cortados en trozos más pequeños, los cuales eran arrastrados por bueyes hasta las corrientes. En algunas partes de la selva todavía se pueden observar rastros de los senderos dejados por los animales, los cuales se asemejan a los claros naturales formados por la caída de árboles, pero con la diferencia de que son muy largos. En ocasiones algunas trozas no llegaban a su destino, pues se dañaban a causa de crecidas de los ríos o de saturaciones de los cauces debidas a la gran cantidad de troncos que flotaban en ellos. Como ocurre con muchos recursos naturales extraídos de países en desarrollo, en México el comercio de la caoba prácticamente no dejó ninguna ganancia a la región de donde se extrajo.

En los años cuarentas la explotación del chicle también fue importante. Sin embargo, esta actividad tuvo un efecto

moderado en la vegetación. Los árboles de chicle son *ordeñados* por medio de cortes de machete en la corteza, pero esto no les causa la muerte. La extracción del látex obligaba a los chicleros a trepar hasta alturas considerables de los troncos ayudados de espolones fijados a los pies y de cuerdas atadas alrededor de la cintura. Algunos chicleros eran tan diestros en el trepado que literalmente “corrían sobre los troncos”, a decir de un antiguo practicante de esta actividad. Otros menos ágiles sufrieron graves heridas y los más desafortunados murieron al caer de los árboles mientras realizaban su tarea. Con el reemplazo del chicle natural por un producto sintético, esta práctica desapareció de manera repentina y hoy los chicleros que sobrevivieron a tan penosas condiciones de existencia evocan esa era con una mezcla de dolor y añoranza.

La historia más reciente de la Lacandona se caracteriza por programas masivos de traslado de colonizadores provenientes de otras partes del país hacia esta región. En las décadas de los setentas y los ochentas era un espectáculo común ver pasar por las terracerías en mal estado, provenientes de Palenque y Ocosingo, camiones enormes con una extraña carga, dirigiéndose hacia regiones aún cubiertas de vegetación. Familias enteras, algunas con niños pequeños, viajaban sentadas sobre un cargamento precioso para ellos: tambos de combustible, costales de maíz, cajas de galletas, botellas de aceite comestible, bolsas de azúcar, en fin, insumos proporcionados por el gobierno para sobrevivir aproximadamente durante un año, mientras se establecían, iniciaban actividades de aclareo del terreno y emprendían labores agrícolas, hasta llegar a ser autosuficientes en su nuevo escenario de vida. Eran campesinos llegados de lugares distantes: Michoacán, Guerrero, Jalisco. Desde lo alto del camión en el que viajaban muchos de ellos veían por vez primera en su vida la selva tropical, tan distinta a todo lo que conocían, tan llena de retos, de problemas, de peligros, pero también, después de todo, de una vida nueva, con menos limitaciones, en unas tierras que tal vez un día podrían reconocer como suyas.

Sin embargo, bastaron unos cuantos años para que esa nueva vida se revelara como una triste falacia. Paradójicamente, a pesar de la abundancia de agua y de la enorme diversidad biológica de la Lacandona, es decir, de la gran cantidad de recursos naturales allí disponibles, ésta ha llegado a ser una de las zonas con más altos niveles de marginación social de nuestro país. No es fortuito que en la región de Las Cañadas, donde la Selva Lacandona tiene sus límites con la región de Los Altos de Chiapas, se hayan generado conflictos sociales que nos llenan de preocupación. Hoy día, la Lacandona nos recuerda permanentemente la necesidad de desarrollar estilos de vida menos agresivos ante la naturaleza, al tiempo que nos señala las tremendas injusticias que empañan la vida social de nuestro país.

La acelerada pérdida de los bosques de la Selva Lacandona en las últimas tres décadas ha motivado a numerosos investigadores de la biología y áreas afines a llevar a cabo trabajos encaminados a la búsqueda de soluciones para dete-

ner y, de ser posible, revertir el problema. La estación de investigación en Chajul, dentro de la Reserva de la Biosfera de Montes Azules —la cual protege en teoría unas trescientas treinta mil hectáreas de vegetación original— ha permitido que los ecólogos entiendan cada vez mejor las complejas relaciones ecológicas de los organismos habitantes de estas selvas. Sin embargo, desafortunadamente el gran caudal de excelentes conocimientos obtenidos a partir de ese trabajo no ha servido de mucho para detener la gran destrucción de la naturaleza en la región, quizá porque este problema, más que ser de naturaleza biológica, tiene sus raíces en factores sociales, culturales y económicos, así como en políticas de desarrollo inadecuadas. La transformación del ambiente en la Selva Lacandona ha sido tan intensa y acelerada que tal vez dentro de unos años no queden más que algunos vestigios de este magnífico trozo de la naturaleza. Tal perspectiva se antoja pesimista, pero para cambiarla realmente se requiere de un esfuerzo gigantesco de coordinación entre los investigadores de las ciencias naturales y sociales, políticos, amantes de la naturaleza, organizaciones locales, nacionales e incluso internacionales, y por supuesto de manera fundamental de los habitantes locales. Sólo de ese modo la Selva Lacandona perdurará por muchos años como uno de los tesoros naturales más valiosos de nuestro país. ♦

Bibliografía

- De Vos, J., *La paz de Dios y del Rey. La conquista de la Selva Lacandona por los españoles, 1521-1821* (Colección Ceiba, 10), Gobierno del Estado de Chiapas, México, 1980.
- , *Oro verde. La Conquista de la Selva Lacandona por los madereros tabasqueños*, Instituto de Cultura de Tabasco/Gobierno del Estado de Tabasco/FCE, México, 1988.
- , *Viajes al desierto de la soledad cuando la Selva Lacandona aún era selva*, Consejo Nacional de Fomento Educativo/Secretaría de Educación Pública, México, 1988.
- Dichtl, S., *Cae una estrella. Desarrollo y destrucción de la Selva Lacandona*, Consejo Nacional de Fomento Educativo/Secretaría de Educación Pública, México, 1988.
- Dirzo, R., y A. Miranda, “Altered Patterns of Herbivory and Diversity in The Forest Understory: a Case of the Possible Causes of Contemporary Defaunation”, en P. W. Price, T. M. Lewinsohn, G. W. Fernández y W. W. Benson (eds.), *Plant Animal Interactions: Evolutionary Ecology in Tropical and Temperate Forest*, Wiley, Nueva York, 1991, pp. 273-297.
- González Pacheco, C., *Capital extranjero en la selva de Chiapas, 1863-1982*, Instituto de Investigaciones Económicas/UNAM, México, 1983.
- Martínez, E., C. H. Ramos y F. Chiang, “Lista florística de la Lacandona, Chiapas”, en *Boletín de la Sociedad Botánica de México*, núm. 54, México, 1994, pp. 99-177.
- Nations, J. D., “The Lacandon Maya”, en J. S. Denslow y C. Padoch (eds.), *People of the Tropical Rain Forest*, University of California Press, Berkeley, 1988, pp. 86-88.
- Revel-Mouroz, J., *Aprovechamiento y colonización del trópico húmedo mexicano*, FCE, México, 1980.